

Irven M. Resnick (Ed.), *A companion to Albert the Great. Theology, Philosophy and the sciences*, Leiden-Boston, Brill, 2013, ISBN 978-90-04-23407-9, 833 págs.

Una de las dificultades que atraviesa todo investigador cuando inicia su trabajo es la de establecer el llamado *status quaestionis* de su tema de estudio. La determinación de los tópicos y autores más importantes junto a la comprensión del estado actual de la discusión y sus antecedentes es quizás el primer gran desafío que debe vencerse. Es por ello que cuando una editorial prestigiosa como Brill's ofrece un texto orientado en este sentido, como es el caso del presente *companion*, tal actitud no puede sino agradecerse y celebrarse.

En efecto, tal como lo advierte su prólogo, el libro que aquí se recensiona constituye un generoso principio para cualquiera que se inicia en los estudios albertinos. A los largo de sus más de 800 páginas el texto propone “introducir a los estudiantes de filosofía, de ciencias y de teología [...] al actual estado de investigación de varios aspectos de la obra de Alberto Magno” (pg. 2). Para ello el editor ha convocado a un importante número de especialistas quienes abordan diversos temas del pensar albertino, y cuyos trabajos se estructuran en dos grandes partes precedidas de una introducción biográfica y finalizadas por un epílogo. De las dos secciones principales, una aborda la temática teológica mientras que la otra se aplica a la filosófica.

La introducción biográfica recorre rápidamente el itinerario histórico del Magno pero haciendo una concisa inteligencia del dato en orden a iluminar todos los capítulos siguientes. En efecto, son las particulares lecturas y el singular genio albertino lo que ha terminado forjando su obra. En tal sentido se destacan sus dos fuentes esenciales: la teológica (Dionisio) y la filosófica (Aristóteles y Platón). Es sobre este supuesto que se dibujará su extensísima obra cuya influencia y grandeza ha tocado la médula del siglo XIII alcanzando a pensadores de la talla de Roger Bacon, Buenaventura, Juan de la Rochelle, Ulrico de Strasburgo y al mismo Tomás de Aquino. El editor sintetiza todo esto al relevar que el epitafio de su tumba en Colonia lo

describe “como un príncipe entre los filósofos, uno más grande que Platón, y [como alguien] levemente inferior en sabiduría al Rey Salomón” (pg. 1).

Como se dijo, la primera sección aborda la perspectiva teológica. En ella se tratan tres temas: la naturaleza de la teología y la posibilidad de su sistematicidad, la mariología y finalmente la mística. Los primeros dos artículos se internan en la cuestión de la teología pero con miradas distintas. El escrito de Anzulewicz advierte sobre la pretensión de aplicar el concepto de *teología sistemática* anacrónicamente al Magno. En tal sentido el autor propone analizar el concepto mismo de *teología* en las obras albertinas para determinar en qué medida puede aplicarse en su conjunto la idea de una teología sistémica. Por otra parte, el trabajo de Olszewski, parte de la tesis esencial propuesta por Marie-Dominique Chenu, o.p. para quien las raíces agustinianas y la recepción de Aristóteles en la teología del siglo XIII movió a los teólogos a especular sobre la posibilidad de aplicar a su ciencia los cánones epistemológicos del Estagirita, haciendo así una *ciencia teológica*. En el desarrollo de este proceso que culminará en Tomás de Aquino, Alberto ha tenido un papel particular que es analizado en el artículo.

Por otra parte, Burger aborda la mariología presente en las obras de Alberto. Sobre una crítica textual actualizada, la autora advierte que el Magno no ha escrito ninguna obra específica sobre María aunque sí tiene numerosas afirmaciones sobre ella en diversos lugares de sus obras. Es por ello que se proponen un número acotado de ellas para analizar allí los aspectos esenciales que tocan a la mariología como la encarnación y la ascensión, como así también el sentido de algunas letanías marianas. Por último, Führer analiza la particular significación de la teología mística albertina que, asociada a la llamada *teología negativa*, presenta para el autor una faceta epistemológica que debe atenderse. En tal sentido, Alberto usa el término *mística* “no sólo para describir lingüísticamente un método fundamentado de hacer teología sino también para sugerir una metáfora epistemológica que ayudará a aproximarse a sus escritos místicos en la dirección correcta, que es una teoría del conocimiento” (pg. 137).

La segunda sección, más extensa, se ocupa de la filosofía que desarrolla Alberto. En ella se hallan temáticamente separados los temas esenciales, desde la física hasta la metafísica, pasando por la lógica, la antropología y la moral, incluyéndose además diversos artículos que desde una óptica filosófica abordan aspectos de la botánica, la medicina, las matemáticas y la astronomía.

Sin embargo, antes de comenzar el desarrollo de los temas Físicos y Metafísicos, conviene hacer algunas precisiones sobre el pensar albertino que aparece en diversos lugares del texto. En efecto, es necesario notar que históricamente Alberto hizo primero la paráfrasis del *corpus* dionisiaco y luego continuó con las obras aristotélicas pero *creyendo siempre que se trataba de un proyecto integral*. Por ello no es extraño verlo aplicar categorías aristotélicas a cuestiones teológicas recibidas en cánones neoplatónicos. Esto hace que los autores adviertan que «ciertamente debemos calificar la versión Albertina del aristotelismo peripatético como neoplatónica y dionisiaca» (pg. 166). Así se advierte que esta particular posición de Alberto reconoce en sus fuentes tanto al neoplatonismo (de la mano de Dionisio Areopagita y del *Liber De Causis*) cuanto a un aristotelismo singularmente recibido en la lectura de Avicena y Averroes. Esto hace que la obra de Alberto deba ser entendida como «el uso de la filosofía aristotélica para explicar una estructura ontoteológica que es esencialmente platónica-neoplatónica» (pg. 600).

Es conveniente también atender a la particular paráfrasis que el Magno hace de los textos aristotélicos. Ocurre que es común ver que cuando Alberto detecta lo que a su criterio constituye un vacío especulativo del Estagirita, no duda en elaborar exquisitas digresiones con el fin de *completar* su pensamiento. Es por ello que su paráfrasis no es siempre del *texto* aristotélico puro, sino que elabora una reflexión filosófica sobre la base del peripatetismo: se trata entonces «de una obra en filosofía y no en historia de la filosofía» (pg. 170).

Sobre estos dos aspectos centrales es que se estructuran los diversos artículos que estudian la física y la metafísica. En

cuanto a la primera, el estudio de Baldner aborda los principios esenciales de la naturaleza física (móvil), es decir el de los extremos y la privación, donde se aprecia un pensamiento maduro sobre el concepto de materia, forma, privación y movimiento. Sobre este contexto físico es que pueden aparecer entonces todos aquellos aspectos que lo integran, es decir el de la botánica, el de la antropología, el de la moral y el de la astronomía, junto a aquellas ciencias que introducen el estudio físico como son las matemáticas y la lógica.

Respecto de la Metafísica, los temas de los artículos se ordenan con perfecta lógica ya que abordan su objeto de estudio propio, su relación con la teología y su rango epistémico. Una vez desarrollados estos temas aparecen dos artículos de singular importancia para penetrar aún más en la comprensión de las fuentes metafísicas del Magno: uno consagrado al neoplatonismo y otro al aristotelismo de Avicenas y Averroes. Los trabajos que siguen abordan sucesivamente diversas facetas del pensar metafísico del Magno: sus afirmaciones sobre los llamados con posterioridad trascendentales, el universal, la doctrina del *esse* y de la sustancia, los argumentos en favor de la existencia de Dios y de las primeras causas, la creación del *esse* en la lectura albertina del *De Causis* y su particular concepto de creación que implica tanto la mediación del *esse* y los demás entes como también la *eductio* de las formas a partir de la potencialidad de la materia y de la *forma corpoeritatis*.

Para terminar sólo queda advertir que si bien este texto presenta diversidad de temas y está orientado a ser una introducción a los estudios albertinos, no obstante los trabajos compilados en todos los casos van mucho más allá de ser sólo algo iniciático, ofreciendo junto a las minuciosas explicaciones una generosa bibliografía que es bueno apreciar.

Hugo Costarelli Brandi